

## RECORDANDO A NUESTROS HÉROES

# Sergio Raúl Gómez Roca



**N**ació en Salta el 7 de junio de 1942.

Por razones profesionales su padre fue trasladado a la ciudad de Mar del Plata, donde el joven Sergio tomó contacto con el mar y con la Armada Argentina.

Ingresó a la Escuela Naval Militar en febrero de 1958 y cinco años después, luego de efectuar el primer Viaje de Instrucción de la fragata ARA *Libertad*, egresó como Guardiamarina.

En 1965, casi dos años después de recibirse, se casó con Juana Rubí Ferrer, su novia desde sus años de cadete naval.

Hizo una carrera profesional tradicional, prestando servicio en unidades navales de superficie y adquiriendo capacitación en buceo. Tuvo el honor de recibir del gobierno español la condecoración *Orden al Mérito Naval de Primera Clase*.

Por fin, luego de 27 años en la Armada se le asignó el comando del aviso ARA *Alférez Sobral*, una de las unidades que más millas navegaba al año y de larga tradición en nuestra Marina.

Tenía una personalidad muy particular que combinaba seriedad y formalismo con ocurrencias humorísticas lo cual le permitía atemperar situaciones complicadas.

En una publicación titulada *Rumbo al puerto*, editada por la Promoción 90 de la Escuela Naval, se dice: “Sergio era una persona chiquita de tamaño y grande de voluntad, valor y amor por la entrega, todo esto lo sabía; pero no sabía que la Historia le tenía reservado un lugar de honor.”

Sus hijos lo recuerdan muy cariñoso, con una permanente preocupación para que estudiaran, pero también para que se distrajeran, participando él muchas veces de esos juegos o entretenimientos.

**“...No sabía que él sería quien iba a tener el privilegio de ser el primer Comandante, desde los albores de nuestra Patria, que perdería su vida en combate en el Puesto de su buque en alta mar y frente al enemigo”.**



Su familia y amigos aún conservan sus escritos en prosa y poesías con los que se entretenía en cada oportunidad que encontraba.

Muy afecto a la lectura y la numismática, también realizaba traducciones inglés-castellano, que sirvieron en su momento para reforzar los tradicionales magros salarios de los militares.

Su esposa dulcemente lo recuerda *“buen mozo, elegante, colaborador en las tareas domésticas y de invariable buen carácter”* tal como lo describe Jorge Muñoz en su libro *La Epopeya del aviso Alférez Sobral*.

Era católico practicante, muy devoto de la Virgen de la Medalla Milagrosa.

Poco antes del 2 de abril de 1982, el *Sobral* fue destacado a puertos del sur patagónico y navegando allí se tomó conocimiento de la Operación Rosario. Una semana después se encontraba en Puerto Deseado esperando ser enviado a ocupar una posición entre Malvinas y el continente.

Justamente el día que arribaron a Deseado, su esposa le comunica por teléfono la gran noticia de que estaban esperando el cuarto hijo. Ya tenían tres: María Paula, de 17 años; Agustín, de 16 e Ignacio, de 8.

El 16 de abril zarparon hacia la posición asignada, que luego, durante el trayecto, sería cambiada por otra al noroeste de las islas, a 190 millas de Puerto Deseado.

Luego de varios días de mantenerse en medio de ese Atlántico Sur caracterizado por no tratar confortablemente a los navegantes, durante la noche del 1º de mayo recibieron la orden de destacarse hacia un punto dato donde debían encontrar y rescatar a dos pilotos de la Fuerza Aérea, tripulantes de un avión Camberra que había sido derribado.

Ni bien emprendieron la derrota hacia allí, el Comandante informó a toda la Plana Mayor y a la dotación sobre la misión asignada y la peligrosidad que revestía, ya que iban a internarse en la zona de exclusión británica y estarían expuestos a los ataques del enemigo. A la mañana siguiente se le informó al *Sobral* por mensaje naval que en proximidades del punto dato para la búsqueda operaba un grupo de tareas enemigo con un portaaviones y seis destructores. Continuaron navegando y al llegar al lugar donde supuestamente se eyectaron los pilotos no los hallaron, por lo que iniciaron el procedimiento de búsqueda que se aplica en estos casos. En un momento dado de esa misma noche fueron sobrevolados por un helicóptero Sea King que se alejó enseguida. Se ordenó cubrir puesto de combate. La incertidumbre del Comandante y la tensión de los tripulantes potenciaban su predisposición para combatir si la situación lo demandaba.

Con toda seguridad, en ese momento las oraciones y los recuerdos familiares inundaban corazones y mentes.

Media hora después fueron sobrevolados por otro helicóptero y el Comandante apreció que el ataque era inminente o que podían llegar a ser abordados por un grupo comando. Ordenó abrir fuego con el montaje de 40 mm de proa y las ametralladoras de 20 mm, sin lograr ningún impacto. Preparándose para un nuevo ataque, cambió el rumbo por otro que diera mayor estabilidad al buque para facilitar la puntería.

Poco después de medianoche se avistaron dos luces lejanas por una de las bandas. El Comandante no perdía las esperanzas de rescatar a los pilotos. Había que hacer lo imposible para no dejar abandonados a dos compatriotas tras las líneas enemigas.

Las luces de la esperanza se tornaron en luces de muerte. Eran tres cohetes, uno de los cuales hizo impacto en la chimenea causando algunos heridos, entre ellos el Segundo Comandante, Teniente de Navío Sergio Bazán.

Gómez Roca, convencido que vendría un segundo ataque, mandó a todo el personal a cubiertas bajas, permaneciendo él en el Puente de Comando, junto con el Guardiamarina Claudio Olivieri y el Cabo Segundo Daniel Tonina.

A la 1:20 del 3 de mayo, menos de doce horas después del hundimiento del crucero ARA *Gral. Belgrano*, el pequeño aviso ARA *Sobral* recibía el impacto de un misil que entró al Puente de Comando por la banda de babor y explotó en su interior. La destrucción del Puente fue total, incluyendo el Cuarto de Comunicaciones en la cubierta inferior. Cayó el palo de proa, se produjo un incendio, se quedaron sin luz ni gobierno. Un fuerte olor inundaba todos los compartimentos.

Aquel texto de la Promoción 90 continúa diciendo:  
 “... [Sergio] *No sabía que él sería quien iba a tener el privilegio de ser el primer Comandante, desde los albores de nuestra Patria, que perdería su vida en combate en el Puente de su buque en alta mar y frente al enemigo.*”

Tanto la señora de Gómez Roca como los familiares de todos los tripulantes habían sido informados del ataque pero no se les podía dar detalles porque no se sabía nada del buque, ni siquiera si aún estaba a flote.

Pasaron tres días hasta que el *Sobral*, luego de una navegación de epopeya, logró acercarse a la costa patagónica y ser avistado por fuerzas propias. Allí se conoció e informó la novedad de lo ocurrido.

El Capitán de Corbeta Sergio Raúl Gómez Roca y siete tripulantes, Guardiamarina Claudio Olivieri, Cabo Principal Mario Alnacay, Cabo Segundo Daniel Tonina, Cabo Segundo Sergio Medina, Cabo Segundo Ernesto del Monte, Marimero Primero Héctor Dufrechu y Conscripto Roberto Derrico, habían entregado sus vidas por la Patria, y por su prójimo, aquellos pilotos que nunca pudieron ser hallados.

